

DON QUIJOTE EN TIERRAS AMERICANAS: LA SORTIJA DE PAUSA (1607)¹

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS
Universidad Complutense de Madrid
Centro de Estudios Cervantinos

1. En el número 87 de la calle madrileña de Atocha se imprimió la primera parte del *Quijote*, en la imprenta de la viuda de Pedro de Madrigal, María Rodríguez, que por aquellos años regentaba Juan de la Cuesta². Es de todos conocidos cómo las prensas estuvieron trabajando a un ritmo frenético desde el otoño de 1604, con la intención de ofrecer un producto comercial en la navidad de este año en Valladolid, ciudad a la que el Conde de Lemos se había llevado la corte hispánica. Para poder concluir el trabajo, tuvieron que estar disponibles dos prensas con un ritmo diario de un pliego y medio impreso³... y bien que lo consiguieron. El *Quijote* salió a la plaza pública de las ventas aclamado por los lectores de la corte vallisoletana, y en sólo

¹ Este trabajo se enmarca dentro del proyecto de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia: *Digitalización de la Gran Enciclopedia Cervantina*. HUM2006-06393 y como actividad del Grupo de Investigación: Seminario de Filología Medieval y Renacentista de la Universidad de Alcalá: CCG06-UAH/HUM-0680

² Véase ahora Augusto Jurado, *Juan de la Cuesta impresor de El Quijote por encargo del librero Francisco de Robles, y breves noticias de ambos y del autor de la obra, Miguel de Cervantes*, Madrid, Sociedad Cervantina, 2007.

³ Para más detalles, véase Francisco Rico, *El texto del "Quijote"*, Barcelona, Destino, 2005.

unos meses, Juan de la Cuesta, de nuevo contratado por el librero Francisco de Robles, tuvo que poner a “sudar” sus prensas para poder tener concluida cuanto antes una segunda reedición de la obra, que se termina en el mismo año de 1605, ahora con “privilegio de Castilla, Aragón y Portugal”. El éxito del texto cervantino fue inmediato: “los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que, apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante». Y los que más se han dado a su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote*: unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten y aquéllos le piden”, con estas palabras se vanagloria el propio Cervantes, en boca de Sansón Carrasco en el primer capítulo de la Segunda parte, de 1615, del éxito de su obra. Y así debió ser, si tenemos en cuenta que pasó muy pronto a las plazas públicas de las fiestas.

De junio de 1605, tan sólo unos meses después de la puesta en venta de la *princeps* del *Quijote*, se data la primera aparición de los personajes cervantinos en una fiesta cortesana... ¡y qué fiesta! Ni más ni menos que las celebradas en la corte de Valladolid para celebrar el nacimiento del heredero del trono, el príncipe Felipe, que nació el 8 de abril, para más detalles Viernes Santo. Dos apariciones, para ser más concretos, el 10 de junio, dedicado a juego de cañas y toros, y el día 28, en una escena de tono campestre. Esta primera aparición en la plaza pública la conocemos gracias a la obra de uno de los caballeros portugueses presentes en la corte, Tomé Pinheiro da Veiga, que dejó testimonio de todo lo que había vivido en su famosa *Fastiginia*⁴, ya que en las relaciones castellanas, como la publicada en Valladolid en 1605, nada se dice de esta presencia⁵. El 10 de junio,

⁴ Tomé Pinheiro da Veiga, *Fastiginia o fastos geniales* (trad. de Narciso Alonso Cortés), Valladolid, Ayuntamiento, 1973. Aurelio Vargas Díaz-Toledo ha preparado una nueva edición del texto portugués, con su correspondiente traducción, para *Anales Cervantinos*, 37 (2008), en prensa.

⁵ Véase *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid, desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe don Felipe Dominico Víctor nuestro señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron*, ed. de Patricia Marín Cepeda, Valladolid, Instituto de la Lengua Castellana, 2005.

antes de los juegos de cañas y toros, como era habitual en el guión establecido en la fiesta barroca, los habitantes de Valladolid podían disfrutar de un magnífico cortejo, en que los Reyes se dirigían al concejo para asistir a la comida. A las doce, el cortejo estaba ya preparado y el lujo y la hipérbole no dejan lugar a dudas de la suntuosidad de la ceremonia, de la importancia de sus protagonistas. Así lo relata Tomé Pinheiro da Veiga, según la traducción moderna de Aurelio Vargas-Díaz Toledo:

Cerca de las doce entraron los reyes, que habían de comer en el consistorio, con mucho aparato, y fue de esta manera: entraron inmediatamente algunos carros y carrozas de mujeres de los grandes y señoras que habían de estar con la reina, porque ella y sus damas venían en jacas. Se seguían veinte pajes del rey a pie; tras ellos los titulares y señores de la corte, que eran ochenta, y veinticinco que venían detrás con las damas, vestidos admirablemente de brocado y con toda la riqueza que se puede imaginar, cargados de oro, perlas y piedras en las cadenas, botones y cintillos, que para este día reservaron lo mejor, y como hacía gran calor y sol, cegaban a la gente los rayos que salían de las piedras y medallas, que todo lo bueno de España iba en ellos y en las damas.

Y lo curioso es que después de tanta riqueza, de tanta solemnidad, en unas fiestas cortesanas del más alto nivel, aparezca, ni más ni menos, que el propio don Quijote de la Mancha, según se relata en la crónica:

Y en esta universal holganza, para no faltar entremés, apareció un Don Quijote que iba delante como aventurero, solo y sin compañía, con un sombrero grande en la cabeza y una capa de bayeta y mangas de lo mismo, unos calzones de velludo y unas buenas botas con espuelas de pico de gorrión, batiendo las ijadas a un pobre cuartago rucio con una rozadura en el borde del lomo, como consecuencia de las guarniciones del carro, y una silla de cochero; y Sancho Panza, su escudero, delante. Llevaba unos anteojos para dar más autoridad y bien puestos, y la barba alzada, y en mitad del pecho un Hábito de Cristo; y como iba solo y en aquella figura comenzaron a preguntarnos unas vecinas si era el Embajador de Portugal o qué cosa era aquélla.

En realidad, se trata de Jorge de Lima Barreto, que “por honor de Portugal reprehendió de malos cortesanos a la mayoría de los señores portugueses y quiso acompañar a su rey con esta librea”. Una diversión que se organiza dentro de una corte que está habituada, como ya indicara Cervantes en boca de Sansón Carrasco, a identificar a estos “curiosos y divertidos” caballeros con el de la Triste Figura y los malos caballos con Rocinante.

Unos días después, encontramos una segunda aparición del hidalgo manchego en Valladolid, una referencia mucho menos conocida y citada. Cambiamos de escenario y de intención. Ahora ya no es la descripción de las magníficas fiestas cortesanas sino la crónica de las conquistas amorosas al lado del río, en las huertas pobladas por las famosas Celestinas. Tomé Pinheiro da Veiga con un amigo se encaminan al prado, donde esperan consumir sus sueños amorosos, gracias a la ayuda de algunas de las alcahuetas que conocen. Y estando allí, entre carruajes y palabras con dobles sentidos, se sucede la siguiente escena, ridícula transposición cómica de lo que en realidad se vivía en aquel prado por aquellos tiempos:

Estando en este paso me vinieron a llamar que fuese a ver la más notable farsa y figura que podía haber. Fue el caso que, pasando un D. Quijote vestido de verde, muy descuidado y alto de cuerpo, vio a unas mujeres al pie de un alto álamo y se puso de rodillas a enamorarlas. Su mala suerte fue que dos bellacos repararon en la postura y convocaron a otros y fueron acudiendo, de suerte que se congregaron más de doscientas personas diciendo chistes y gritando contra él, y él callaba como Sancho, y continuaba con su devoción y encubriendo el rostro como azotado. Dos se fueron también a poner de rodillas diciendo: “¡No se diga la misa sin acólitos!”, y comenzaron a pedir misericordia para aquellos penitentes; y la grita y risas eran de suerte que no había quien se escuchase, diciendo ora unos ora otros:

-¿Han visto, señores, más lindo modo de enamorar?

-Juro a Dios que parece portugués y puede poner escuela de conti-nencias.

-Vuelva, señor sacristán, que ya es tiempo de *orate, fratres*.

-Señoras, dejen desarmar ese balletero, que hay dos horas que está armado.

-Señor grulla, si le cansa esa pierna asiente la otra.

-Échate, perdiguero, que ya hiciste la muestra. [...]

Se enfadaron las señoras, diciendo una que lo harían como villanos, y no como caballeros, pues de estar ellas descubiertas podían pensar que eran mujeres y que no se debía hacer aquel agravio. Acudió uno:

-Mientras este pecador está en su penitencia, déjenos rezar y callen ellas y los manden levantar, y se eche, y entretanto que él es necio sean ellas cuerdas, y chitón, que ¡juro a Dios que hay aquí otro caballero, sino yo!, porque los demás son príncipes que merecen ser servidos de rodillas, como ellas.

Duró la fiesta hasta que vino un alguacil que de parte del corregidor les pidió que se fuesen a holgar a otra parte, y que estaba mal hecho perder el respeto a aquellas señoras, pues estaban con los rostros descubiertos, que aquel hidalgo era marido de una; por eso estaban así, para mofarse y reírse.

Y las apariciones de los personajes quijotescos, sobre todo en las mascaradas de los estudiantes, se convertirán en un lugar común en las fiestas de la época, ya fueran estas populares o fueran cortesanas, como las que se sucedieron en la ciudad alemana de Dessau en 1613, para celebrar el nacimiento de otro heredero. Fiestas con diversos cortejos, juegos de cañas y de toros, bailes y mascaradas, pero que resultan especialmente interesantes porque al año siguiente se publica su relación acompañadas de grabados, realizados por Andreas Bretschneider⁶. Entre las páginas 25-40 del libro, se ofrecerá una pormenorizada descripción del desfile caballeresco protagonizado por don Quijote, uno más de los que se sucedieron aquel día. En estas páginas se aprecia cómo es recibido el texto cervantino en su primer recepción: la risa. Y estas carcajadas se consiguen gracias al atuendo, al recuerdo de objetos que, poco a poco, se irán convirtiendo en símbolos de la propia locura del caballero andante que es don Quijote (primero el molino de viento y después la bacía de barbero), a los acompañantes que aparecen con él... pero también a la actitud del

⁶ Tobias Hübner, *Cartel, Auffzüge, Vers und Abrisse, So bey der Fürstlichen Kindtauff und Frewdenfest zu Dessau, den. 27. und 28. Octob. Verlauffenden 1613. Jahrs*, Leipzig, 1614,

caballero andante, a su falta de “decoro” entre cómo viste, cómo es y lo que dice, lo que cree que puede hacer y que sólo se vuelve realidad en sus palabras. En este sentido, en las calles de Dassau se debieron oír los ecos de la carcajada al escuchar cómo se presenta a todos los allí convocados el mismo don Quijote, con palabras tan grandilocuentes como las siguientes:

El ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, Caballero de la Triste Figura, Señor del estremado caballo Rocinante, coronado de esperanza y imaginación, del Imperio di Trebisonda, derribador y vencedor de los gigantes Caraculiambrós, de las islas Malindranias, Siervo de la Señora Dulcinea, sin Par, del Toboso. Io el Caballero del Phoenix, único entre muchos. Io el derribador de agravios y tuertos, liberador de viudas y pupillos. Io el Espejo de caballería, la flor de gentilezza, el amigo de la Reina Xarilla, y querido de la Imperatriz Pandafilanda, los deleites de la linda Maritornes. Io el amparo y remedio de los menesterosos, el miedo de los tyrannos, el espanto de los terribles y la quinta essentia de todos los caballeros andantes. (pp. 31-33)⁷

Las estampas de Bretschneider, las primeras específicas de los personajes quijotescos que hemos conservado, son buena prueba de esta primera lectura, del primer éxito del *Quijote* en sus primeros años de difusión por otro el mundo (láminas 1-4).

⁷ Agradezco a Jacqueline Ferreras la transcripción de este fragmento, así como las noticias que me ha proporcionado del ejemplar parisino del libro.



Lámina 1



Lámina 2



Lámina 3

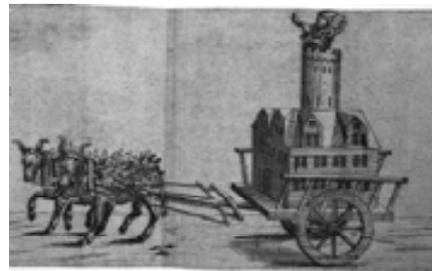


Lámina 4

Andreas Bretschneider, *Cortejo caballeresco de don Quijote* (Leipzig, 1614)

Muestra además de cómo la configuración del imaginario de don Quijote va de la mano de cómo se representaba a los caballeros andantes.

¿Y qué sucede con América?

2. Prisas se dieron en la imprenta de la madrileña calle de Atocha para poder contar con ejemplares de la primera parte del *Quijote* y así poder distribuirlos en la corte de Valladolid en la navidad de 1604. Libro que se vendía en la librería de la calle Mayor de Francisco de Robles, y que muy pronto vio el negocio de una segunda reedición, que se imprime, como ya se ha indicado, en los primeros meses de 1605 en la imprenta regentada por Juan de la Cuesta. En Valencia y en Lisboa las ediciones piratas, a partir de un ejemplar de la *princeps*, se suceden... así como los trámites legales de Cervantes y de Francisco de Robles para no perder los beneficios de tal éxito. Ventas de libros en Madrid, en la feria de Medina del Campo... ¿y en América?

Gracias a los trabajos de Francisco Rodríguez Marín y de Irving A. Leonard, recogidos en su espléndido *Los libros del Conquistador*⁸, mucho sabemos de este trasiego de ejemplares del *Quijote* desde Sevilla hasta América durante el año de 1605, ejemplares de la *editio princeps*, en su mayoría. Veamos unos datos antes de seguir el sinuoso camino de las especulaciones.

Leonard reseña los siguientes cargamentos de ejemplares del *Quijote* en las naos que partieron del puerto sevillano con destino a América en estos primeros meses de 1605; contenidos que conocemos gracias a una de las leyes de control del tránsito de libros (y de ideas) a América que se promulgaron en el siglo XVI, en concreto, la norma del 5 de septiembre de 1550, por la que se ordenaba que todos los libros que se remitían a las Indias debían detallarse con individualidad, dejando atrás la fórmula general de “cajón con libros”

⁸ Utilizamos la reimpresión de 1996 de la edición de los años 40, publicada por la mexicana Fondo de Cultura Económica. Hay versión electrónica de la versión inglesa, según una reedición de 1992:

<http://content.cdlib.org/xtf/view?docId=ft1f59n78v&brand=eschol>.

1. “Tres libros de Don Quijote de la Mancha, impresos en Madrid. Por Juan de la Cuesta”: en la nao “Nuestra Señora del Rosario”, que envía Juan de Saragoza a Juan de Guevara en Cartagena de Indias.
2. 262 ejemplares: a bordo del “Espíritu Santo”, que enviaban a Clemente de Valdés en México capital.
3. 100 ejemplares, en la misma nao “Espíritu Santo” que Diego de Corral enviaba a Antonio de Toro en Cartagena.
4. 72 ejemplares en una flota con destino a Perú, enviadas por Juan de Sarriá, librero de Alcalá de Henares, con festino a Miguel Méndez. Estos ejemplares llegaron a Perú, tal y como se ha podido comprobar por un recibo de llegada conservado en el Archivo Nacional de Perú.

A estos ejemplares, más de cuatrocientos, habría que sumar los que llevaban los propios viajeros, para hacer más soportables las interminables horas de travesía. Los datos aportados por Leonard, procedentes de los registros y de los interrogatorios a los que se les sometía a todos los que ponían sus pies en el Nuevo Mundo, tienen un denominador común: la confesión de lecturas apasionadas, personales mezcladas con otras que serían del gusto de los frailes inquisidores que les formulaban las preguntas con un cierto desdén. Así, ante la sexta demanda, la que le inquiría por los libros de mano que llevaba, Alonso de Dassa, de unos treinta años de edad, que había desembarcado en México el 28 de septiembre de 1605, confiesa que “para su propio entretenimiento traía la primera parte de *El pícaro* [el *Guzmán de Alfarache*], *don Quijote de la Mancha* y *Flores y Blancaflor*, y para sus oraciones, un devocionario de fr. Luis, un S. Juan Crisóstomo y un *Libro de horas de Nuestra Señora*”. Y así lo encontramos, siguiendo el mismo modelo, en otros tantos interrogatorios: Juan Ruiz Gallardo, de la nao “Nuestra Señora de los Remedios”, confiesa haberse distraído en la travesía leyendo *Don Quijote de la Mancha* y *Bernardo del Carpio*; Alonso López de Arze, de veinticinco años, que venía en la nao “San Cristóbal”, compaginaba la lectura de su *Don Quijote* y de un romancero, con un devocionario de fray Luis de Granada...

Y a todos ellos, a estos y a más que se irán descubriendo a medida que los archivos americanos sean catalogados y estudiados, habría que añadir los que se perdieron en las cajas de libros que se hundieron con tantas otras mercancías en algunos de los barcos que por aquellos años no llegaron nunca a estas tierras. El 15 de mayo de 1605 parten de Sevilla 19 galeones con destino a diferentes puertos. Uno de los que se dirigían a Panamá naufragó en la boca del Guadalquivir; otros cuatros, de los que iban a Tierra Firme, se hundieron cerca de la costa de Santa Margarita, y un último galeón, “La Trinidad”, se hundió cerca de La Habana. El 12 de julio partió una nueva flota con destino a México: 33 naves, a las que se le añadirían otras diez en Cádiz. La nave almirante, que iba a Honduras, se destruyó por un rayo cerca de Sánlucar de Barrameda, y otra también se hundiría después de repeler el ataque de ocho corbetas enemigas en alta mar.

¿Cuántos ejemplares de la primera edición del *Quijote* llegaron a América? Difícil pregunta para contestar con cifras concretas. Pero lo que sí que podemos estar seguros es que lo hicieron una buena parte de los ejemplares de la primera edición, que, según los críticos, debía constar entre los habituales 1100 ejemplares, que son los propios de una edición de una obra de entretenimiento como lo es el *Quijote*, a los 1800 que se ha defendido últimamente⁹, y que habla de una gran inversión económica por parte del librero Francisco de Robles, confiando ciegamente en el éxito del texto cervantino. Ya estamos muy lejos de la pretensión de Francisco Rodríguez Marín quien defendió que casi toda la primera edición se vendiera en América¹⁰.

El *Quijote* —junto al *Pícaro*, que no es otro que *Guzmán de Alfarache*, y la incombustible *Celestina*— hará las delicias de los lectores americanos, por lo que no dejará de importarse a las Indias, como se aprecia en los inventarios de libros enviados a lo largo del siglo XVII: el que hizo el librero Nicolás Rodríguez el 18 de mayo de 1669 (“Don Quixote”), el de Manuel de Bañuelos el 11 de mayo de 1669

⁹ Véase Francisco Rico, *ob. cit.*

¹⁰ Véase Francisco Rodríguez Marín, *El Quijote y Don Quijote en América*, Madrid, 1911.

(“Don Quixote”)... pero curiosamente, a medida que va pasando el siglo, el resto de las obras de Cervantes, en especial, sus novelas, se van imponiendo a su obra quijotesca; y así el 23 de junio de 1685, en el inventario de Fernando Romero y Torres encontramos unas “novelas de Cervantes”, y el 26 de junio de 1692, en el de Lucas Martín de Hermosilla, unas “novelas de Zerbantes” y un “Persiles y Sigismunda”, junto a un curioso “Juegos de Don Quijote de fuera del Reino, 2 tomos”. En esta progresiva ausencia de ejemplares del *Quijote* en la exportación a las Indias –tan sólo interesarán las ediciones ilustradas, como la que remite Don Juan de Soto a Nueva España el 25 de junio de 1699 (“De don Quijote con estampas”)- puede comprobarse, una vez más, la escasa consideración que en España gozó el texto cervantino durante el siglo XVII, leído siempre como un libro de caballerías de entretenimiento, que sólo sobrevivirá en un modelo editorial difícilmente exportable: las ediciones de surtido... lectura superficial, lectura empobrecedora que contrasta con la que se está haciendo desde Inglaterra y desde Francia, y que culminará en el siglo XVIII cuando la pluma cervantina, en especial a partir del modelo de su *Quijote*, se convierta en el modelo literario de los más importantes novelistas ingleses del momento¹¹, y, a partir de ellos, de toda la novela moderna.

3. La literatura caballeresca, los hijos y nietos de *Amadis de Gaula*, eran bien conocidos por tierras americanas, lo que indica que la orden de la reina Juana, del 4 de abril de 1531, para prohibir el envío de “libros de romance de historias vanas y de profanidad, como son el Amadis y otros de esta calidad”, no debió surtir mucho efecto. Los inventarios de los libros que se llevaron a América a lo largo del siglo XVI no dejan lugar a dudas: los libros de caballerías se difundieron con enorme éxito en toda América; eran lecturas de entretenimiento tanto para las mentes más soldadescas como para los más cortesanos.

¹¹ Véase John G. Ardila, *Cervantes en Inglaterra: el Quijote en los albores de la novela británica*, Liverpool : Liverpool Univ. Press, 2006. Un recorrido a partir de las lecturas iconográficas puede consultarse en mi libro *Leer el Quijote en imágenes (Hacia una teoría de los modelos iconográficos)*, Madrid, Calambur, 2006.

Quedémonos sólo con un ejemplo, para que se aprecie mejor la cuantía de los ejemplares que se enviaban a Indias. Entre los casi mil libros que se envían a Francisco de Saavedra el 7 de enero de 1594, encontramos numerosos libros de caballerías¹²:

1. [12] “las primeras partes del Caballero del Febo en un cuerpo”.
2. [12] “la tercera parte del Caballero del Febo”
3. [8] “primera y segunda parte de don Belianís”
4. [8] “tercera y cuarta parte de don Belianís”
5. [12] “Espejo de caballerías, todas tres partes en un cuerpo”
6. [12] “Olivante de Laura”
7. [8] “Los cuatro libros de Amadís”
8. [4] “Las sergas de Esplandián”
9. [4] “Lisuarte de Grecia”
10. [8] “Primera y segunda parte de Florisel de Niquea”
11. [6] “Florisel de Niquea, primera parte de la cuarta”
12. [5] “Segunda parte de la cuarta parte de don Florisel”
13. [6] “Tercero de don Florisel de Niquea”
14. [8] “Primaleón y don Durados”
15. [8] “Primera y segunda parte del Caballero de la Cruz”
16. [10] “Don Cristalián y Lucescanio”
17. [6] “Palmerín de Oliva”
18. [8] “Demanda del Santo Grial en dos cuerpos”

Igualmente interesante es el documento aportado por Leonard en que se indica los libros que Francisco de la Hoz se compromete a llevar a Lima de vuelta a su viaje a España, en que no sólo indica los libros que se solicitan sino los que todavía permanecen sin vender en la librería de Juan Jiménez del Río; documento fechado el 22 de febrero de 1583 en la Ciudad de los Reyes, y que presenta seis entradas de libros de caballerías:

1. “8 don Belianís de Grecia, primera y segunda parte no traiga tercera ni cuarta porque acá hay muchas encuadernadas en pergamino”.

¹² Procede el dato de José Torre Revello, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, México, UNAM, 1991.

2. “12 Caballero del Febo que tengan los principios de colores encuadernadas en pergamino”
3. “12 Caballero de la Cruz encoordenados en pergamino”
4. “6 Olivantes de Laura, príncipe de Macedonia, encuadernados en pergamino”
5. “6 Cuatro de Amadís que son seis cuerpos y cada cuarto de Amadís es un cuerpo encuadernados en pergamino”
6. “6 Felixmarte de Arcania y lo que más hubiere salido d’él hasta oy encuadernados en pergamino”.

A estos habría que sumar la traducción del *Caballero Determinado* de Olivier de la Marche (6 ejemplares), *El verdadero suceso de la famosa batalla de Roncesvalles* de Francisco Garrido de Viena (6 ejemplares), el *Orlando enamorado* de Boyardo (6 ejemplares), el *Orlando determinado* de Martín Abarca de Bolea (6 ejemplares) y el *Orlando Furioso*, de Ariosto (6 ejemplares), sin olvidar numerosas de las historias caballerescas breves, que entran dentro de un curioso epígrafe final: “20 resmas de menudencias”, que se piden que “sean de Alcalá o de otra impresión buena”.

Literatura leída, literatura comprada, literatura que nombrará una nueva tierra (Patagonia, California...), y también literatura vivida como muy bien ha sabido relatar el cronista portugués Francisco Rodríguez Lobo en su *Corte en aldea y noches de invierno*, publicada por primera vez en 1619, una curiosa anécdota situada en América, que muestra el éxito del que gozaban los libros de caballerías a principios del siglo XVII y las ventajas de su lectura:

En la milicia de la India, teniendo un capitán portugués cercada una ciudad de enemigos, ciertos soldados camaradas, que albergaban juntos, traían entre las armas un libro de caballerías con que pasaran el tiempo: uno d’ellos, que sabía menos que los demás de aquella lectura, tenía todo lo que oía leer por verdadero (que hay algunos inocentes que les parece que no puede haber mentiras impresas). Los otros, ayudando a su simpleza, le decían que así era; llegó la ocasión del asalto, en que el buen soldado, envidioso y animado de lo que oía leer, se encendió en deseo de mostrar su valor y hacer una caballería de que quedase memoria, y así se metió entre los enemigos con tanta furia y los comenzó a herir tan reciamente con la espada, que en poco espacio se

empeñó de tal suerte, que con mucho trabajo y peligro de los compañeros, y de otros muchos soldados, le ampararon la vida, recogiénolo con mucha honra y no pocas heridas; y reprehendiéndole los amigos aquella temeridad, respondió: “¡Ea, dejadme, que no hice la mitad de lo que cada noche leéis de cualquier caballero de vuestro libro!”. Y él d’allí adelante fue muy valeroso¹³.

3. Estos datos permitirán comprender un poco mejor la importancia de la sortija celebrada en la localidad peruana de Pausa en 1607, el primero de los testimonios extensos conocidos en que aparecen don Quijote y Sancho como personajes importantes de una celebración, y que muestra cómo tan sólo dos años después de su publicación, el texto cervantino gozaba de igual éxito en las Ideas que en Europa... lo que no puede sorprendernos después de recordar cómo miles de ejemplares de la obra cervantina debieron hacer las delicias de miles de lectores americanos desde 1605.

Fiesta en las Indias que hoy conocemos gracias a tres folios manuscritos que llevan por título: *Relación de las fiestas que se celebraron en la Corte de Paussa por la nueva de Prouiymiento de Virrey en la persona del Marqués de Montes claros, cuyo grande Aficionado es el Corrgr. deste partido que las hizo y fue el mantenedor de una sortija celebrada con tanta magd. y pompa que a dado motibo a no dejar en silencio sus particularidades*¹⁴. Primera aparición de don Qui-

¹³ Citamos a partir del libro de Irving A. Leonard, *Los libros del Conquistador* [1949], México, Fondo de Cultura Económica, 1953 (reimpresión de 1996).

¹⁴ Folios que pertenecieron a Francisco Duarte, Presidente de la Casa de Contratación de las Indias, de donde pasó a la biblioteca del catedrático sevillano don José María de Álava, quien lo obsequió al académico Francisco Rodríguez Marín, cuando fue a estudiarlos, y gracias al que se pudo conocer. En el año 2005, tuve la suerte de volver a encontrarlos en una caja de varios en la Biblioteca Rodríguez Marín en el Centro Superior de Investigaciones Científicas en su sede central en Madrid. Fueron publicados por primera vez en Francisco Rodríguez Marín, *El Quijote y Don Quijote en América*, Madrid, 1911, y reproducida la *Relación* en facsímil en Francisco Rodríguez Marín, *Estudios cervantinos*, Madrid, 1947, pp. 575-585; véase ahora José Manuel Lucía Megías y Aurelio Vargas Díaz-Toledo, “Don Quijote en América: Pausa, 1607 (facsímil y edición)”, *Revista de Literatura y Crítica Literaria* (Bogotá), VII (2005), pp. 203-244. En el portal que el Centro Virtual del

jote por tierras americanas, a la que vale la pena que dediquemos los próximos minutos. El corregidor de Parinacochas, a la que pertenecía la ciudad de Pausa, Francisco de Álava y Norueña¹⁵, no pensó en otro tipo de fiesta para aclamar el nombramiento de un nuevo virrey, que la celebración de una sortija en Pausa. La sortija, como indica Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana* (1611), es “un juego de gente militar, que corriendo a caballo apuntan con la lanza a una sortija [o anillo] que está puesta a cierta distancia de la carrera”; juego cortesano y caballeresco que gozaba de éxito tanto en la vida real como en la literaria. La elección fue la adecuada, ya que los actos tenían que ser fastuosos para poder dejar constancia de ellos y para que su noticia llegara al nuevo virrey, el Marqués de Montesclaros, cuando se hiciera cargo de su puesto en Lima. Y allí estarán todos, sentados en los tres andamios levantados en la plaza: “Abía tres andamios cerca d’este puesto: uno a la mano derecha y dos al izquierda, todos entapiçados con tafetanes de colores. En el de la mano derecha estaban las damas y en los dos de la izquierda, en el uno los juezes, que era el Padre Presentado fray Antonio Martínez, Juan de Larrea Surbano y un Cristóval de Mata de Potosí, que acertó a llegar aquí a este tiempo, gran corredor de lanças; y en el otro algunos frailes y clérigos que binieron a ver las fiestas”¹⁶.

Instituto Cervantes ha dedicado a “El Quijote en América”, puede consultarse la edición de Rodríguez Marín

(http://cvc.cervantes.es/obref/quijote_america/peru/relacion_pausa.htm).

¹⁵ Francisco Rodríguez Marín habla de Pedro de Salamanca como el corregidor —error en que hemos incurrido muchos investigadores siguiendo sus conclusiones; pero Aurelio Miró Quesada en *El primer virrey-poeta en América (Don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros)*, Gredos, Madrid, 1962, págs. 72-76, ya demostró que Francisco de Álava y Norueña fue nombrado corregidor de Parinacochas por provisión del conde de Monterrey, fechada en la chácara de Santo Domingo (o Limatambo), de la ciudad de Los Reyes, el 4 de febrero de 1606, o sea, sólo seis días antes del fallecimiento del virrey. Álava y Norueña, quien hizo su presentación ante el Cabildo el 12 de agosto de aquel año, reemplazó a Juan de Larrea Zurbano (quien participó también en la fiesta de Pausa), y fue sucedido, a su vez, por Juan de Zárate, por título expedido por el marqués de Montesclaros el 16 de febrero de 1609.

¹⁶ Todas las citas remiten a nuestra edición, citada en una nota anterior.

Las celebraciones comenzaron diez días antes, con una “encamisada” formada por más de cuarenta jinetes, que pusieron un “cartel en la plaça, debajo de un dosel de terciopelo camesí”. Nada se dice de su contenido, pero tampoco importa desconocer sus detalles, ya que su tono debía ser similar a tantos carteles de desafío de la época. En él, un mantenedor, en este caso el “Caballero de la Ardiente Espada”, desafía a todos los caballeros de la comarca a presentarse en la plaza para correr lanzas y ganar los premios establecidos. Así son los carteles de desafío reales, habituales en la Edad Media y Moderna, así lo eran en las páginas de tantos libros de caballerías y en tantas sortijas y torneos celebrados en diversas ciudades a principios del siglo XVII, como las que en Zaragoza se vivieron en 1599 para celebrar el viaje de Felipe III y Margarita de Austria, o las más maravillosas, que se celebraron en 1630, cuando la ciudad quiso tirar la casa por la ventana ante la llegada de la reina de Hungría, Felipe IV y los infantes sus hermanos¹⁷.

Luis Díez de Aux en el *Retrato de las fiestas que a la beatificación de la Bienaventurada Virgen y Madre Santa Teresa de Jesús hizo la Imperial Ciudad de Zaragoza*, publicado en 1618, ofrece el texto completo del cartel de desafío que Don Juan de Funes y Villapando, Señor de las Naronías de Quinot y Ofera, con nombre del Caballero de Ávila¹⁸, que comenzaba de la siguiente manera:

Un caballero de la antigua y noble ciudad de Ávila ha llegado a ésta de Zaragoza, por su gran nobleza patria común de forasteros, a donde mejor que en otra alguna de España le ha parecido podrá desempeñarse de

¹⁷ Véase para estos festejos, M^a Carmen Marín Pina, “Fiestas caballerescas aragonesas en la Edad Moderna”, *Fiestas públicas en Aragón en la Edad Moderna*, Zaragoza, 1996, pp. 109-118 y Alberto del Río Nogueras, “Fiesta y contexto urbano en época de los Austrias, con algunos ejemplos aragoneses”, en María Luisa Lobato y Bernardo J. García García, *La Fiesta cortesana en la época de los Austrias*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2003, pp. 193-209, donde el lector interesado encontrará numerosas referencias bibliográficas.

¹⁸ Juan Bautista Felices de Cáceres le dedicó un poema épico: *El Cavallero de Ávila. Por la Santa Madre Teresa de Jesús; En las Fiestas, y Torneos de la Imperial ciudad de Caragoça*, publicado en Zaragoza por Diego de Latorre en, 1623.

una justa obligación que tiene; da infinitas gracias al cielo de que, habiendo salido de Ávila muchos caballeros todos confederados a publicar por el mundo la honra de su Patria, hay sido el primero que ha llegado a Zaragoza, a donde el 12 de octubre del año 1614 defenderá que si Toledo por Ildefonso y Leocadia, Zaragoza por sus innumerables mártires, Barcelona por Eulalia, Valencia por Vicente Ferrer, Huesca por Laurencio y Vicencio, Alcalá por Justo y Pastor, Calleruga por Domingo y Sevilla por Isidoro, tiene ocasión de alegrarse también como todas Ávila por haber nacido en ella la S. Madre Teresa de Jesús, que, si aquellos santos son gloria de la patria, nuestra S. Madre no solo lo es de la suya pero de todo el orbe, pues con su heroica santidad, oración, doctrina y exemplo de sus hijos e hijas, mediante la divina gracia, engendra, cría y sustenta la virtud en los fieles. Y pues los ingenios muestran su agudeza y devoción celebrando sus perfecciones por la pluma, razón es que, la misma devoción descubra el valor de los gallardos y generosos pechos por la lança. Por lo cual, en el ya señalado día, a tres lanças de sortija, y dos de estrafermo, defenderá el Caballero de Ávila su intención: las condiciones y precios son los siguientes (Real Academia Española: RM-6854, fols. 10v-11r)¹⁹.

Y así de solemnes, sin ciertos matices religiosos, debieron sonar los carteles que se pusieron en la ciudad de Dessau en 1613 para celebrar el bautizo del heredero, mientras otros harán del propio cartel, de su tono solemne, objeto de burla cuando se ponga en boca de don

¹⁹ También en las fiestas que se organizaron en la Universidad de Sevilla para celebrar la Inmaculada Concepción, según narra Alonso Sáez en su relación, el viernes 28 de enero de 1617 se pudo contemplar una sortija en la plaza, siguiendo el cartel que una semana antes había colgado allí el Caballero Piadoso: “El Caballero Piadoso, hago saber a todos los caballeros, sevillanos, extremeños, canarios, del condado y de Utrera y sus confines, a cuya noticia viniere el presente desafío, cómo el viernes siguiente después de la lección de vísperas, mantendré en esta plaza y en carrera pública a tres lanças de sortija la cuja al ristre que el Estatuto hecho en nuestra Universidad, cerca de la limpísima Concepción de Nuestra Señora, está bien hecho, y esto sustentaré siendo condición demás de las acostumbradas que el que de conformidad de los jueces saliere conmigo perdidoso sea obligado a firmar mi opinión de su nombre; demás de que el aventurero a quien su buena suerte diere la honra de la victoria, ganará de mi parte por justo premio de su valor un excelente “Vademécum” con todo recaudo de escribir”.

Quijote, como así sucede en el torneo en el Palatinado celebrado en 1613, todo ello con tonos humorísticos, como se aprecia desde el título y comienzo del cartel:

DON QUIJOTE DE LA MANCHA, CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA, A TODOS LOS CABALLEROS CIRCUNVECINOS, SUS COMPATRIOTAS, QUE TIENEN REUMA EN LOS SESOS Y NO LE ESCONDEN BIEN BAJO EL SOMBRERO, Y SON DE LA CLASE Y PLANTA DE LOS BARONES.

La fama tan renombrada de mi descomunal arrojo, y la asombrosa fuerza de mi brazo a la cual no escaparán sino con muerte o prisión cuantos admiren otra belleza que no sea la de incomparable Dulcinea del Toboso, ha atemorizado de tal modo a todos los caballeros circunvecinos que no encuentro ninguno con quien probar las perfecciones sin par de la princesa de mi corazón, y sostenerlo con mi varonil diestra. Por eso y para que por falta de campeones no se abandone por completo el alabado y más antiguo de los ejercicios de la caballería, me contento con acomodarme a la flaqueza de aquellos que no se pueden presentar ya con sus armas usuales ante mi temida presencia. Y para ese fin he venido con mi antiguo y fiel escudero Sancho Panza, testigo fidedigno de mi excelsa caballería y admirables aventuras (de las cuales sacó conmigo varias veces muchos palos), después de haberle hecho caballero con el ceremonial acostumbrado en recompensa de los numerosos servicios que me ha prestado, ahora que acaba de cumplir sus sesenta y cinco años. Me coloqué junto a él y junto a mis cofrades de la babera y camaradas del cubo, armados y rellenos según está a la vista (ed. cit., p. 341).

Pero volvamos a nuestra sortija peruana, el primer documento que deja constancia escrita de la presencia de don Quijote en un acto caballeresco, anterior incluso a la sortija narrada por Fernández de Avellaneda en su *Quijote* apócrifo (Libro V, cap. 11). Diez días estuvo el cartel en la plaza de Pausa, y durante este tiempo nueve serán los caballeros que lo firmarán, aceptando el desafío del corregidor, que no olvidemos que firma como Amadís de Grecia, es decir, “Caballero de la Ardiente Espada”, y los nueve contendientes son: “el Cavallero Benturoso, el de la Triste Figura, el fuerte Bradaleón, Belflorán, el Cavallero Antártico de Luzisor, el Dudado Furibundo, el Cavallero

de la Selba, el de la Escura Cueba y el Galán de Contumeliano”²⁰. Curiosa mezcla de personajes salidos de los libros de caballerías y de la divertida imaginación de lectores de los mismos; curiosa mezcla que nos habla de un público lector entusiasta de los textos caballerescos, entre los que el *Quijote* es uno más y donde sobresale un título, la tercera y cuarta parte del *Belianís de Grecia* (Burgos, 1579), que presta nombre a dos caballeros: el gigante Bradaleón y Belflorán, que es el hijo de Belianís de Grecia y de la princesa Florisbella, de los que había ejemplares en 1583 en la Ciudad de los Reyes, como hemos podido ver anteriormente²¹.

Y así, el día convenido, después de hacer acto de presencia el mantenedor, Francisco de Álava, se van sucediendo los caballeros, que han de admirar al público con sus invenciones y letras, antes que por su pericia en las armas. La sortija, el torneo caballeresco convertido en una fiesta carnavalesca y popular. El primero en desafiar al

²⁰ También entre caballeros andantes, en este caso, al final de un cortejo en donde habían hecho acto de presencia Belianís de Grecia, Palmerín de Olivia o el mismo Caballero del Febo, se presenta don Quijote en México en 1621, tal y como cuenta el platero Juan Rodríguez Abril en su *Verdadera relación*: “yendo el último, como más moderno, don Quijote de la Mancha, todos de justillo colorado, con lanzas, rodela y casco, en caballos famosos; y en dos camellos, Melia la encantadora y Urganda la Desconocida; y en dos avestruces, los enanos encantados Ardián y Bucendo, y últimamente, Sancho Panza y doña Dulcinea del Toboso, que a rostros descubiertos los representaban dos hombres graciosos, de los más fieros rostros y ridículos trajes que se han visto” (citamos por Francisco Rodríguez Marín, *Estudios cervantinos*, Madrid, 1947, p. 118).

²¹ Un caso particular lo ofrece el *Cavallero Benturoso* que trae a la memoria una novela con título similar, de Juan Valladares de Valdelomar, presbítero cordobés, que traslada a lo divino el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán y *El peregrino en su Patria* de Lope de Vega, aunque es casi imposible que se conociera por tierras americanas. Por otro lado, su autor bien tuvo presente el *Quijote* –para huir de él– a la hora de escribirlo, tal y como indica en su prólogo: “Hallarás, pues, que como autor, sacerdote y solitario, no te pongo aquí ficciones de la *Selva de aventuras*, no las batallas fingidas del *Caballero del Febo*; no sátiras y cautelas del agradable *Pícaro*; no los amores de la pérfida *Celestina*, y sus embustes, tizonos del infierno; ni menos las ridículas y disparatas figas de *Don Quijote de la Mancha*, que mayor [mancha] la deja en las almas de los que lo leen, con el perdimiento de tiempo”.

mantenedor será su teniente, disfrazado de dios Baco, que, después de correr las tres lanzas y ser vencido, se convierte en su ayudante. A continuación hará su entrada una nueva invención, capitaneada por un caballero no firmante: el Tahúr, sobre una carroza que simula una casa de juego, acompañado de varios jugadores: la Ira, la Blasfemia y el Engaño, ricamente vestidos y acompañados de sus padrinos: la Pobreza, el Demonio, el Perulero, el Interés; mientras que la Ira sólo vendrá acompañada de un escudero: el Enojo. Después de su fracaso en las lanzas, por la que perdieron “sendos pares de guantes que pusieron por precio contra otros juguetes que en el aparador avía”, aparece una de las invenciones más aplaudidas y fastuosas de las que se vieron aquel día: el Caballero Antártico, disfrazado de Inca:

Estando corriendo las postreras lanças entró por la plaça el Cavallero Antártico, que era el gran Román de Baños hecho el Inga, vestido muy propia y galanamente, con una compañía de más de ciento indios bestidos de colores que le servían de guarda, todos con alabardas hechas de magueyes²², pintadas con mucha propiedad, de que era capitán el cacique principal de los pomatanbos²³. Llebaba delante de sí el inga un guión²⁴ de plumería con sus armas y él iba en unas andas muy bien adereçadas, y detrás d’ellas iban muchas indias haziendo taquíes²⁵

²² *magueyes*: “árbol que se cría en las Indias, de la altura de 20 pies y del grueso de un brazo. Las hojas son gruesas y largas como de media braza, las cuales nacen al pie del tronco, al modo de las del *cardo hortense*, y tienen espinas como ellas. Su madera es fofa, esponjosa y liviana” (Auts.).

²³ *Pomatanbo*: Región peruana del departamento de Ayacucho, dentro de la comarca de Condesuyo. Vid. la *Primera parte de la Crónica del Perú*, cap. XCIII (Sevilla, 1553), de Pedro de Cieza de León.

²⁴ *guión*: “Estandarte Real, que en algunas funciones va delante del Rey, el qual lleva el page más antiguo” (Diccionario de la RAE, 1734).

²⁵ *taquíes*: en lengua incaica quiere decir “canto bailado”. Era un tipo de danza ceremonial peruana. Vid. la *Nueva Crónica y buen gobierno* de Guaman Poma de Ayala (frag. 2), que se cuenta la forma habitual que tenía el Inca de presentarse en las fiestas: “Como sale el Ynga a pasear con sus lacayos y morriones y estandartes, tronpetas y flautas y dansas y taquíes y lleua yndios Chunchos desnudos por gala y señorear. Y sale en sus andas quispi ranpa [*andas de piedras preciosas*] con su coya señora: acimismo sale a pelear”. Como se verá más adelante, también con este nombre se designa a las personas que bailan esta danza.

a su husanda. El cavallo le llevaba de diestro otro cacique muy galán, y con esta ^[3v] majestad se presentó por la tela con dos padrinos sin llevar delante menestriales y atabales, sí solo los tanborinos de los taquíes, que eran tantos y hazían tanto ruido que hundían la plaça. Dio su letra, que dezía:

*Por ser las damas cual son
me é bestido de su modo
para conquistarlo todo.*

La de su capitán dezía:

*Por regusijar la fiesta
de la nueba del Virrey
venimos con nuestro Rey.*

Y será en este punto, como uno más de los caballeros participantes en la sortija, cuando haga su aparición el Caballero de la Triste Figura. Vale la pena releer completo la descripción que se hace de nuestro caballero andante:

A esta ora asomó por la plaça el Cavallero de la Triste Figura, don Quijote de la Mancha, tan al natural y propio de como le pintan en su libro, que dio grandísimo gusto berle. Benía cavallero en un cavallo flaco muy parecido a su Rozinante, con unas calcitas del año de uno²⁶ y una cota muy mohoza, morrión con mucha plumería de gallos, cuello del dozabo²⁷ y la máscara muy al propósito de lo que representaba. Acompañábanle el cura y el barbero con los trajes propios de escudero, e infanta

²⁶ *Calzitas del año de uno*: como indicara Francisco Rodríguez Marín, quizás se esté haciendo referencia a las calzas atacadas, que son definidas por el Diccionario de la RAE de 1726 de la siguiente manera: “La vestidura que cubría las piernas y los muslos, que se usaba antiguamente, y se unía á la cintura con agujétas”.

²⁷ *Cuello del dozabo*: es decir, aquel que no era más largo que un dozavo de una vara de medir. Francisco Rodríguez Marín recuerda cómo esta medida se estableció en las Cortes de Castilla, celebradas en Madrid entre 1586 y 1588, y que posteriormente, el 31 de diciembre de 1593, se pregonó una pragmática en la Puerta de Guadalajara para recordar esta medida y la prohibición de llevar cuellos más amplios.

Micomicona que su corónica cuenta. Y su leal escudero Sancho Panza, graciosamente bestido, cavallero en su asno albardado y con sus alforjas bien proveídas y el yelmo de Manbrino, llevávale la lança y también sirvió de padrino a su amo, que era un cavallero de Córdova de lindo humor, llamado don Luis de Córdova, y anda en este reino disfrazado con nonbre de Luis de Galves. Abía benido a la saçón d'esta fiesta ^[4r] por juez de Castro Virreina, y presentándose en la tela con estraña riza de los que miraban, dio su letra, que dezía:

*Soy el audaz don Quixó-
y maguer que desgraciá-,
fuerte, brabo y arriscá-.*²⁸

Su escudero, que era un hombre muy gracioso, pidió licencia a los jueces para que corriese su amo, y puso por precio una dozena de cintas de gamusa, y por benir en mal cavallo y azerlo adrede fueron las lanças que corrió malicimas, y le ganó el premio el dios Baco, el cual lo presentó [a] una vieja criada de una de las damas. Sancho echó algunas coplas de primor que por tocar en berdes no se refieren.

Pero la diversión no acabó con esta entrada triunfal –y cómica- del caballero manchego y de su fiel Sancho Panza; otras diversiones, otras invenciones se dieron cita en la plaza de Pausa hasta las últimas horas del día: a continuación hizo su entrada el Caballero de la Selva “Benían delante cuatro salbajes cubiertos de yedra ellos y sus caballos, que serbían de atabales, y seguíanlos cuatro melestriles y otras tantas tronpetas, bestidos de la misma forma ellos y sus cav[a]llos²⁹. Luego benía un carro tan grande que se ajustava con las calles por donde entró, en el cual benía un jardín tan propio y curiosamente

²⁸ El primero de los poemas burlescos de la primera parte del *Quijote* (“Al libro de don Quijote de la Mancha, Urganda la Desconocida”), también fueron escritos en versos de “cabo roto”, por el cual, los versos se truncan a partir de la última sílaba, de forma que todos terminan siendo agudos. El primero en utilizarlos fue el poeta Alonso Álvarez de Soria (ajusticiado en 1603) y fueron muy populares a principios del siglo XVII. Por su parte la forma arrisca[do] es la habitual en la época para indicar a la persona arriesgada, expuesto a peligros y riesgos.

²⁹ Ms: cauellos.

hecho que parecía natural, y en medio de[l] encañado avía un senador³⁰ que servía de teatro a la diosa Diana, que en él benía sentada con un bestido rico, y hera una niña muy hermosa”, y, después de correr las lanzas correspondientes, sin dejar tiempo para que el público pudiera descansar de tanto asombro, de tanto entretenimiento, hace su entrada el Caballero Venturoso

entró por la plaça una tienda asentada en un carro que le traían ^[5r] en peso como los demás, y era un pabellón la tienda, bordado con muchos pájaros, y dentro benía el Cavallero Benturoso con una dama bestida muy galanamente. Él traía un bestido muy justo, morado, senbrado de rozas amarillas y una máscara de la misma color. Benían las alas de la tienda abiertas, y en medio d’él y d’ella se mostraba la Rueda de la Fortuna, que el cavallero fuertemente benía teniendo porque no diese buelta, y su letra dezía:

*Fortuna tendrá este ser:
yo, la firmeça [de]³¹ aora,
y la cumbre, mi señora.*

Y a continuación el Dudado Furibundo “con atabales y menestriales delante, y él en traje de moro, con siete moras a cavallo muy bien adereçadas, todas de máscara, que representaban otras tantas mugeres suyas, porque en el *Alcorán* de Mahoma se permite tener las que pudiere sustentar cada uno”... y con estas diversiones, con estos juegos, casi llegó la hora del atardecer, momento en que el Corregidor Francisco de Álava tenía ideado una última sorpresa, una última invención que cerraría como se merece una jornada festiva digna de ser recordada con el paso de los siglos:

³⁰ *senador* o *cenador*: “placetuela o lonjeta cuadrada o aovada, dispuesta en los jardines, huertas o estanques, fabricada de madera, cubierta de ramos y hojas de diferentes plantas que se ponen para este efecto al rededor. Llamóse assí por el fin principal para que se inventó este recreo, que fue el de cenar en él los veranos, disfrutando la frescura, suavidad y fragancia que ofrece la amenidad del sitio” (Auts.).

³¹ Ms: que.

A esta ora se avía ya puesto el sol y a más andar se iba llegando la noche, pero no faltó tiempo para que se dejase de mostrar un carro en la forma que los pasados, donde benía un aparador y mesa puesta con una merienda y colación y todos los aparejos que para servirla eran ne[ce]sarios, sin que faltasen pajes para este ministerio. El cavallero d'este carro fue el mantenedor que, hecho bodegonero, se mostrava disfrasado³². Traía por moças del bodegón a la Gula y la Enfermedad, y él, el traje acomodado al sujeto, y una música de flautas debajo del carro que al tiempo que enparejó con las damas sonó muy suavemente. Su letra dezía:

*Si mi imbención no llevare
el premio por ingeniosa,
ganará por provechosa.*

Y con el estómago lleno y las risas satisfechas, se da final a la jornada con la entrega de los premios a los mejores caballeros, a las más ingeniosas invenciones y letras, y entre los ganadores no podía faltar el bueno de don Quijote de la Mancha: “y los jueces desde su andamio alcançaron un bocado, y después de aver tenido entre sí algunas diferencias sobre el dar de los premios de imbención, letra y gala, se resolvieron en esta forma: que el de imbención, por aver sido todas tan buenas y reconocerse poca o casi ninguna bentaja en ellas, se le diese al Cavallero de la Triste Figura por la propiedad con que hizo la suya y la riza que en todos causó berle; el cual dio cuatro baras de raso morado, que le tocaron a su escudero Sancho para que las presentase en su nonbre cuando la biese³³, diziéndole que el su caballero las abía ganado con el ardi y esfuerço que su memoria le avía prestado; ^[6r] y al Cavallero de la Selba le dieron unos guantes de ámbar por la mejor letra que presentó al sujeto d'ella. Y al mantenedor le cupo el premio de la gala, y presentó a mi señora doña María de Peralta una caldereta de plata. Y con esto se acabaron las fiestas, que fueron

³² Ms: En el *del*.

³³ Se refiere, lógicamente, a la sin par Princesa de La Mancha, a Dulcinea del Toboso.

tan buenas que podían parecer en Lima. Sólo faltó auditorio pleno, pero a la cantidad suplió la calidad de las pocas damas que hubo”.

5. “La riza que en todos causó berle”... así se recibe a don Quijote en sus primeras apariciones en las plazas públicas del siglo XVII. Y de este mismo modo, entre risas y carcajadas, se leyó el libro de caballerías publicado por Cervantes en 1605 en su primer siglo de difusión y éxito. Libro de caballerías de entretenimiento que hacía las delicias de sus primeros lectores, como el de aquel estudiante que es sorprendido leyendo un libro por el rey Felipe III en su palacio de Valladolid, estudiante que se muere literalmente de risa con el libro en las manos, lo que le lleva al rey a comentar: “Aquel estudiante, o está fuera de sí, o lee el *Quijote*”... risas y risas en las primeras lecturas del *Quijote*, ya sea en la corte vallisoletana de la Monarquía Hispánica, ya sea en una ciudad del Corregimiento de Parinachas en Perú, en 1607, en el primer testimonio conservado del éxito de la obra cervantina en estas tierras americanas.